

VIAJES POR EL TÉRMINO DE LORCA,

A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS GEOLÓGICOS, CON UNOS OMBREROS EN DEBUSE.

Lebtor, dada una temperatura de 28.^o Reamoor que obra en sentido de la dilatacion, y dada la fuerza digestiva que tiende a concentrar las funciones de la economía ¿cuál es la aptitud que debe tomar un individuo? A esto, aunque seas alumno de Enseñanza libre y hayas estudiado Física con el maestro de Obras de tu pueblo, y Matemáticas con el Sr. Cura, puedes contestar que es un problema sencillísimo; «dadas dos fuerzas iguales, que obran en direccion opuesta, el resultado es cero» porque siendo iguales, mutuamente se destruyen, y por consiguiente el cuerpo sobre que actúen permanece en reposo, en quietud, y si es un cuerpo humano se sienta, se acuesta, y se reduce á cero, es decir, se duerme. ¡Que gran cosa es la Mecánica! he aquí probada la ineludible necesidad de dormir la siesta, de una manera más sencilla que la hace el Dr. Monlau: yo no sé como los franceses no comprenden esta no-accion; ellos que han enseñado á la Europa culta la no-intervencion; pero dejemos este problema de alta diplomacia, y sigamos.

El cuerpo está dormido, los sentidos se declaran en huelga, el calor aprieta y estimula al cerebro, y como éste no sabe más que pensar, por más que lo hace bastante mal, cuando lo hace por sí solo, se agita y empieza á disparatar tanto, que hemos tenido necesidad de inventar el verbo soñar, para disimular con una palabra tanta locura. En efecto, ocurren entonces ideas absurdas, se vé al través de los cuerpos más opacos, se recorren espacios inabismables, y se entablan diálogos con personajes que jamás hemos visto: y en este armónico desarreglo, las ideas se enlazan y se combinan de mil maneras, como las figuras de un Kaleidoscopio, y son tan poco les- tables como éstas lo son.

En situacion análoga me encontraba una tarde del mes de Julio

en que me dormí preocupado con algunas cuestiones geológicas, á poco empezaron las paredes y muebles de mi habitación á girar en torno mio, y cada vez con más rapidez y describiendo círculos más y más extensos, que se sobreponían y empujaban unos á otros, hasta desvanecerse en el horizonte; todo fué así desapareciendo de mi alrededor, quedé en el vacío, el espacio tenía un color indefinible, la atmósfera me asfixiaba, la ansiedad me obligó á hacer un esfuerzo convulsivo, me incorporé y ví á mi lado un personaje de formas atléticas, de ceñudo aspecto, y de color bronceado, sus ojos, como dos carbunclos, estaban fijos en los míos, y con una voz que no en vano procuró hacerla suave, me dijo: —Yo soy Pluton. —Pues ¿dónde estoy? le pregunté —Estás en mis dominios, en la cordillera Carpetánica, la que servirá de punto de apoyo á toda la península ibérica, como que está en su centro, y al rededor de ella se formará el suelo de ésta; mira esos montes de granito, esas masas de pórfido y de cuarzo, contra esos se estrellarán siempre las aguas de Neptuno; y á pesar de su artera política de anexión, jamás logrará suplantarme, y yo desde aquí conmoveré y levantaré su reino.

Pluton decía esto con cierto aire de orgullo, que en verdad no veía yo en que pudiera fundarlo cuando por todas partes estaba rodeado de agua, pero se conocía que era, lo que se dice, un hombre caliente en política, un consecuente partidario

—Señor Pluton, le dije; y no podría ver la formación del granito, la producción de los metales y la manera como los intercalábais entre esas durísimas rocas?

—Esto no es posible: no hay aire, y el calor de mi imperio es insoportable, me dijo. Tan frío como disgustado me quedé al oír la terminante respuesta de Pluton, que debió conocerlo, y me volvió la espalda, desapareciendo de mi vista. Vagué á la ventura por aquella cordillera, pero viendo que sus granitos no se extendían ni siquiera á las provincias de Albacete y Murcia, intenté salir de aquella isla, y volverme á Lorca; pero ¿cómo? si estaba toda rodeada de un mar cuyos límites no se divisaban; mas como mi traslación había sido fuera del orden regular, por este mismo orden me encontré colocado sobre las aguas sin saber en qué, conduciéndome por ellas un Señor coloradote y fresco aunque con cabellera y barba bastante luenga y blanca, que no me causó la impresión terrorífica del primero, y aunque de nariz algo roma y boca un tanto grande, indicio de ánimo astuto y burlon, no sentí hacia él la repulsión que el otro me inspiraba, tanto que me atreví á decirle con la mayor llaneza. —Yo le he visto á V. en alguna parte.

—Si, me contestó, en el mar, nunca salgo de él; hago algunas escursiones, pero sin salir de mi terreno, digo, de mi elemento; yo soy Neptuno.

Un profundo acatamiento de mi parte, aceptado con benévola sonrisa por la suya, me animó á preguntarle que en qué mar nos hallábamos, y qué rumbo seguíamos.

—Estamos en el mar que ha formado el terreno, que llaman los geólogos, Silúrico, y navegamos con rumbo Sudeste, dirigiéndonos donde estará la provincia de Murcia, y donde estará Lorca.

En efecto, navegábamos por un mar cuya superficie apenas la rizaban las olas; la vista no alcanzaba sus límites, y me llamaba la atención el poco movimiento de sus aguas, cuya temperatura era notable. Neptuno conoció lo que me preocupaba, y me dijo:—La calma que ves es aparente; en el fondo hay varias corrientes, pero no en todo él, porque éstas se acomodan á los accidentes y desniveles del suelo; como la temperatura de la atmósfera es casi uniforme en todo el globo, no hay el desequilibrio que producen los vientos, ni los continentes pueden dar á estos una dirección fija, toda vez que apenas sobresalen á flor de agua, de modo que no hay más que los vientos periódicos, ó brisas, originados del movimiento de traslación del globo, y la diferencia de capacidad para el calórico de la tierra y del agua; ó sea, como dirán los Físicos, *el poder absorbente, y el emisorio*.

—¿Será grande, pregunté, la profundidad de este mar?

—En algunos puntos alcanza á 4000 metros, como en Bohemia; por término medio se calcula en 4400 precisamente, dijo Neptuno, nos encontramos en uno de los puntos cuyo fondo es más profundo, estamos sobre Lorca; se está formando el suelo más antiguo de ella.

—Si fuese posible, ¿cuánto desearía verlo!

—Nada más fácil, baja conmigo, dijo Neptuno, aunque las alteraciones que experimentará el suelo, y las erosiones que causen en él las evoluciones geológicas venideras, lo pondrán de manifiesto en toda la parte sur, y occidental, ó sea en lo que llamaréis despues, *sierra de Enfrente, del Caño, Zarzalico, y cabezo de la Jara*.

Diciendo esto advertí que empezábamos á bajar, sin que la presión del agua me molestase, ni me asfixiara la falta de aire; pero me acordé del refrán que dice: «el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija;» iba con Neptuno y tenía libre acceso en su reino; he aquí un Rey democrático, dije interiormente: que valdría un Perú, porque serviría para algo; miróme Neptuno con cierta severidad, que indicaba que sabía lo que iba pensando, y comprendí que no le gustaba descender de su categoría de Dios de las aguas á Rey de ningún país de este mundo.

Llegamos al fondo cuyo color gris verdoso parecía un hermoso prado cubierto de verde césped; á trechos tomaba un tinte azulado, que se desvanecía gradualmente pasando á blanquecino; mi pié se hundía en él, como si pisase una rica alfombra, dejando la huella profundamente impresa, pero al momento se desvanecía; creyendo que esto sería efecto de la gran cantidad de sedimento que se depositaba, extendí la mano, teniéndola hácia arriba un largo rato, al cabo del cual la miré con detención; ni el más pequeño átomo de sustancia se había depositado en ella; ocupado en esta observación no ví que Neptuno me estaba mirando, sonriéndose de una manera

entre burlona y compasiva.

—Se conoce, me dijo, que eres de los Geólogos que creen que todo terreno es resultado de la descomposición del que le ha precedido.

—Al menos, le contesté, tal creo de los que están formados por el agua, ó terrenos de sedimento.

—Una cosa es que el agua forme y disponga los terrenos, y otra cosa es, que ella por sí sola, proporcione los materiales arrancándolos de otra parte: si el agua, continuó Neptuno, tuviera en disolución los materiales de todos los terrenos, el mar sería un inmenso lodazal, y ya ves que sus aguas, lejos de ser cenagosas, son diáfanas, y aun suponiendo que solo tuviera una pequeña parte de estos materiales en suspensión, al precipitarse cubrirían el fondo y lo sustraerían á la acción disolvente del agua, y desde luego dejaría de crecer dicho terreno por falta de sedimentos; las nueve décimas partes del globo están ahora cubiertas por las aguas, la única descubierta, apenas experimenta la acción del aire y de la lluvia, y tampoco está sujeta á la erosión y arrastre de ningún río, porque no forma más que extensas mesetas que apenas sobresalen de las aguas, y éstas, como has visto en la cordillera carpetánica, están compuestas de rocas durísimas.

—¿Y han salido los materiales de las rocas del terreno silúrico del interior del globo?

—La mayor parte, por no decir todos, respondió Neptuno; unas veces en forma de masa pastosa y flexible, á causa de la gran cantidad de alúmina y magnesia que contienen, y el calor, la rotación del globo, y la gran presión de las aguas han hecho el efecto de un laminador, es decir, los han dispuesto en capas ú hojas más ó menos delgadas, que son las rocas pizarrosas, ó esquistasas, llamadas vulgarmente, lajas; ya has visto que pronto desaparecía la impresión de tu pie, y que suave y poco adherente es la pasta de la laja azul: otras rocas que no tienen la pastosidad y flexibilidad de estas, forman filones ó masas de más ó menos importancia encajadas, ó interpuestas, entre las anteriores.

—Observo, le dije: que hay pocos animales en el mar silúrico, estamos en su fondo y hemos recorrido una gran parte, y ni un alga, ni un radiario, ni un molusco, ni siquiera la huella de una trilobita que tan frecuentes dicen que son, he podido observar.

—No es extraño, la Fauna de este mar, no es pelágica, es decir, no ocupa el fondo del mar, vive en las costas á pocos metros de profundidad, la encontraras en la vertiente de la Carpetánica, pero no aquí, en que el mar es muy profundo, y además en los terrenos en que predomina la magnesia, como en éste, no se crían animales.

—¿Qué espesor tendrá el terreno silúrico en este territorio? le pregunté. Sonríose Neptuno, y me dijo; no puedo con seguridad decírtelo, porque para esto, hubiera tenido necesidad de acercarme al imperio de mi más caro y amado aliado Pluton, pero calculo que pasará de 1400 metros á contar desde... De repente el rostro

de Neptuno tomó un aspecto de severa é imponente magestad, así como con fuerza de la mano, y subimos de una manera rapidísima; la superficie del mar, que antes estaba tranquila, estaba ahora agitada y cubierta de espuma; multitud de burbujas salían del fondo á desvanecerse en la superficie, produciendo innumerables chasquidos; el mar parecía un lago hirviente, se oía un bramido sordo acompañado de un movimiento de tropidacion en toda la masa líquida, que parecía hallarse comprimida entre una fuerza impulsiva que arrancaba de su fondo, y la presencia de su soberano que con el brazo extendido intentaba refrenarla; momentos despues vimos alzarse una montaña de agua, que extendiéndose con rapidez á lo largo y en direccion O. 28.° S. á E. 28.° N. en una extensión de más de 30 kilómetros, separò las aguas haciendo refluir las olas á uno y otro lado.

Atónito miraba toda esta escena, sin atreverme á preguntar cuál era su causa; el mar continuò agitado por algun tiempo, y no cesaban de salir á la superficie burbujas de gas.

—Los esfuerzos de Pluton, dijo Neptuno, han sido infructuosos; seguiré dominando aun en estas regiones; no puede sufrir que mi reino se extienda casi por toda la superficie de la tierra, y por esto no cesa de crearne obstáculos, procurando aislarme y reducirme á estrechos límites.

—¿Y qué es lo que hace para esto? le pregunté.

—De vez en cuando, me contestó, sin previa provocacion de mi parte, ni aviso de la suya, con todas las fuerzas y materiales de que puede echar mano, agita y conmueve mis dominios, sublevando y quebrantando los cimientos en que descansa; acabas de presenciar ahora uno de estos levantamientos producidos, si no por la materia más pesada, al ménos una de las más fuertes é infusibles que se conocen; baja conmigo.

En efecto, en toda la direccion en que vimos alzarse aquella gran mole de agua, el suelo estaba elevado formando una cordillera de 6 á 7 kilómetros de anchura; todos los esquistos ó pizarras habian perdido su horizontalidad primitiva, estaban trastornados, algunos estaban verticales, otros, los más recientes, replegados sobre si, y cual si hubiera sido un inmenso campo de batalla, todos estaban atravesados en todas direcciones por multitud de vetas y filones de cuarzita (1) blanca, cuyo contacto candente aun, los habia alterado y endurecido; manchas más ó ménos verdosas y azuladas de carbonatos de cobre, salpicaban cual manchas de sangre, la superficie de aquellas rocas, y á trechos grandes masas negras de óxido de manganeso, se alzaban como tûmulos sombríos en medio de aquella devastacion.

—Contemplamos silenciosos este cataclismo, y al cabo de un rato dijo Neptuno: en verdad que no esperaba tanto: el levantamiento

(1) Variedad del Cuarzo ó Cristal de roca.

que has presenciado es el que ha dado origen á la sierra, que por su situacion llamaréis *Sierra de Enfrente*; es la primera que se alza en el término, aun está bajo las aguas, y puesto que soy combatido por las fuerzas de Pluton, yo evadiré sus regiones, y haré desaparecer su imperio en toda la superficie del globo: dijo, y alargándome su mano, desapareció.

Cuando mis sentidos se despejaron, escribí en mi libro de memorias, á guisa de parte telegráfico = *Lorca; levantamiento primero Silúrico; erupcion Cuarzita.*

(*Se continuará.*)

Publicamos con gusto el siguiente soneto, obra inédita de un notable poeta de nuestra provincia, que murió en Madrid en lo mejor de su juventud y antes de alcanzar para su nombre la gloria que indudablemente merecía por su notable talento; este manuscrito se le ha facilitado á nuestra Redaccion por un íntimo amigo del autor que lo conserva como un recuerdo de amistad y de cariño.

A UNA MARIPOSA.

SONETO.

Tú, que hendiendo los aires, vagarosa,
 Con inocente afan, con loco brio
 Cruzas alegre de la fuente al rio,
 Desde el vergel á la enramada umbrosa,
 Pregúntale á las flores, mariposa,
 Tambien pregunta al arroyuelo frio
 Si acaso en su desden, en su desvio
 Decirte quieren dónde está mi hermosa;
 Y si por fin la vés, mis horas malas
 Cuéntale, mariposa, y mis enojos,
 Mas cuida al acercarte de tus galas;
 Cuida de tí, de tus matices rojos,
 Que abrasará tus primorosas alas
 Como mi pecho abrasa con sus ojos.

JOSÉ GOMEZ NORIEGA.

EL ESPIRITU DEL HOGAR.



Eran las doce de una noche fría, oscura, tormentosa; la lluvia caía à torrentes, silvaba el viento en las azoteas, mayaba de vez en cuando algun gato y chisporroteaba la lumbre.

Colocado à su amor, la una sobre la otra pierna, el codo apoyado en el brazo y descansando la cabeza sobre la mano, dormía y pensaba: mejor dicho, ni pensaba ni dormía, pues el sueño era tan ligero que me dejaba espacio para pensar, y el pensar tan indeciso que apenas si podía darme cuenta de mis pensamientos.

Una alegría que tenía algo de punzante, si se me permite la calificación, inundaba mi alma.

Me halagaba el concierto de la naturaleza, prestábame su luz la rojiza llama del hogar y me engolfaba en un recuerdo grato al par que en una esperanza desconsoladora.....

Horas antes estaba yo en un café. No se oía à mi al rededor más que las conversaciones animadas, los dichos epigramáticos, las alegres carcajadas, y ese ruido en fin indefinido tan peculiar de esa clase de establecimientos.

Yo estaba tan abstraído, tan profundamente embelesado en mis propios pensamientos, que ni veía ni oía nada de cuanto cerca de mí pasaba.

Entre los vapores del oloroso moka, había surgido un recuerdo en mi cerebro, un deseo en mi corazón, y un suspiro en el pliegue más oculto de mi alma.

Este recuerdo, este deseo y este suspiro habían nacido en mí, fijos mis ojos en la cárdena llama que exhala el rom, ardiendo en el fondo de una copa.

A través de la llama había contemplado mi imaginación, como una ilusión lejana, el rostro cándido, fresco, y sonrosado de la hermosa Bertha.—Esta visión, para mí siempre encantadora, trajo à mi memoria mis antiguos amores con ella; à mi corazón el deseo de volver à poseer su cariño y pasar à su lado las largas y tristes veladas del invierno.

Este deseo, me la hizo ver en mi fantasía, alzando como otros días más felices los rasgados ojos à hurtadillas de su madre, para fijarlos tímidamente en mí; y esta imágen halagüeña arrancò el suspiro doloroso y apenado del fondo de mi alma, porque aquellos amores eran ya un imposible.

Bertha tan hermosa, tan cándida tan buena; Bertha, tan severa y tan bondadosa à la vez, me había engañado.

Aquella jóven que apenas le permitía el rubor alzar los ojos de su labor para dejarme ver en ellos un mundo de felicidades é ilusiones, que me había jurado que su corazón era mio, bajo los tilos que dan

sombra al templo cristiano, había hecho iguales juramentos á otro hombre tal vez en el mismo dia, tal vez en el mismo sitio.

Pero ¡cuán cierto es! que el amor encuentra siempre disculpa para las faltas del objeto amado. Yo me hallaba dispuesto á perdonar.

Habíase me aparecido á través de mis deseos, tan hermosa, tan triste, tan inocente, que apesar mio una lágrima ardiente rodó por mi pálida mejilla.

De pronto se crisparon mis nervios, erizáronse mis cabellos, y mis ojos grises parecieron querer saltarse de sus órbitas.

Entre las ondulaciones opacas de aquella llama, ví aparecer una figurita, pequeña, raquítica, asquerosa.

¿Quién eres? le pregunté.—Soy la falsedad; y lanzando una carcajada seca, rugiente, cavernosa, desapareció entre las azuladas espirales: pero apareció otra.

Esta era ridícula, rechoncha con cara de Pascua: llevaba una túnica con cascabeles.—Al momento la conocí; era la vanidad adornada con un traje de necia.

Vi despues una sierpecilla verdosa, de ojos salientes y sanguinolentos: le pregunté su nombre y me dijo que era la hipocresía nacida del aliento de Satanás.

Se me heló la sangre en las venas y aparté los ojos con horror de la llama, pues tuve aquellas imágenes por un augurio fatal para el reenlace de mis antiguos amores; pero despues me reí y volví á recordar, á desear y á suspirar.

La curiosidad me hizo mirar de nuevo.

Rápido, veloz, con el rostro cubierto, cruzó por la ya moribunda llama un hombre.

Al pasar me hizo una muy cumplida reverencia y me citó para las doce de la noche al riscon de mi chimenea.

He aquí porque estaba solo al amor de la lumbre y por qué mi ánimo se hallaba triste á la vez que alegre.

Triste porque sospechaba que aquella vision estaba fuertemente ligada con mis aventuras amorosas.

Contento porque iba á saber el resultado adverso ó favorable de aquella vision.

El reloj por medio de su lengua de bronce anunciaba en aquel momento que un dia más se había lanzado en los profundos antros de lo que fué.

La duda comenzaba á germinar en mi alma, cuando un ruido extraño que percibí á mi lado me hizo alzar la cabeza.

Sentado en frente de mí pude ver á mi hombre.—Dejaba cumplida su palabra:

II.

Habia dejado el sombrero y la capa sobre una silla y pude apreciar las cualidades físicas del misterioso personaje que de tan fantástica manera me visitaba.

He dicho que era un hombre el que tenia en mi presencia y me parece que he dicho mal; no debia ser hombre, ó al ménos si lo era, ostentaba en su gallardia, en la magestad de su frente, y en sus expresivos é inteligentes ojos una categoría superior á la de los demás.

Mi turbacion no me permitió ni aun dirigirle una frase de cortesía.

Por su parte quedó un momento profundamente pensativo, fijos los ojos con tristeza en la llama, y despues dijo:

«Los heroes, los artistas y los poetas han llegado por lo regular al templo de la gloria por el camino del amor.

«En cambio muchos que hubieran llegado á ese templo por diferente camino, han llegado por el del amor al valle de los desesperados.

«Pero ¡ay! el amor que siempre se presenta con formas seductoras suele ser muchas veces una desgracia.

«Hay amores que debieran maldecirse, porque si unas veces es la fuente de agua clara que halla el sediento caravanero en los oasis del desierto, otras es el cenagoso charco que encuentra el extraviado caminante en las sábanas de América, y en el que se arroja más que para apagar la sed, para apagar la vida.

«Pero como no en vano, la mitología nos lo presenta bajo la figura de un niño ciego, no culpa al amor, no, sino á los hombres que no saben apreciar ni escoger.»

Descansó un momento: yo guardé silencio y despues continuó.

«Oye una historia en la que tú tienes un pequeño papel.

«Juan vió á Bertha y la amó. «Cuando yo digo «la amó» quiero significar que la hizo dueña de su corazón, que se convirtió en su esclavo.

«Hombre de talento y de sentimientos generosos era generalmente querido y estimado.

«Su amor crecia cada dia más, y últimamente comprendió que al amar como él amaba, era perdido si aquella mujer no le correspondía.

«Desde aquel momento solo trató de agradar á Bertha por todos los medios que su amor le sugeria.

«Una noche peseaban juntos por una nublada alameda.

«La brisa murmuraba melancòlica entre los árboles.

«Las flores exhalaban sus puros aromas embalsamando aquella brisa tan murmuradora, y la luna se mecia en el sereno cielo.

«Juan se hizo cargo de la situación y con esa voz dulcísima que solo se concibe en un ser enamorado, le ofreció loco de amor su corazón purísimo.

«Bertha jugaba con su pañuelo; pero se sonrió y cambió su corazón con Juan: solo que hizo el cambio, como hubiera podido hacer el de una flor con cualquiera de sus amigas.

«Juan al recibir aquel corazón tan deseado, no lo miró, sino que lo guardó como un tesoro en el fondo de su alma.

«Al recibirlo brotó de su corazón á los labios un juramento verdadero, profundo, volcánico de amarla eternamente.

«Pero el infeliz no habia observado que el corazon recibido era un pedazo de barro cenagoso.

«De cualquier manera fuè tal su alegria que aquella noche no durmió.

«Bertha en cambio se acostó; resvalaron en su alma de nieve aquellos amores y á su contacto se helaron.

«Ni una sola vez en su tranquilo sueño se abrieron sus labios para pronunciar el nombre de su amante.

«Al dia siguiente fuè Juan à verla. Cuando ella le vió se acordó que le amaba.

«En cambio él la encontró más amable, más afectuosa, más encantadora que nunca, y más que nunca creyó que era el corazon de Bertha el que llevaba guardado como un tesoro.

.

«Al año encontré à Juan solitario, lleno el corazon de lágrimas, casi en estado de locura.

«El infeliz caminaba à una enfermedad cruel, á la tisis.

«Su sonrisa era triste y melancolica, su rostro aparecia bañado en una palidez cadáverica, sus hundidos ojos, que estaban encerrados en un círculo morado acusaban muchas noches de imsonnio.

«¿Qué habia pasado?

«¡Qué habia pasado!

«Bertha tropezó con otra víctima y comprendió que no habia sido el corazon lo que le habia dado à Juan, sino un trozo de barro modelado.

«Y entonces dejaron de tener armonia en sus oidos las ardientes palabras de su amante.

«En una palabra; que habia sido cruel y miserablemente engañado por aquella mujer.

«Cuando Juan se separó de Bertha, no profirió una queja ni derramó una lágrima, porque los hombres de corazon no deben llorar nunca delante de una mujer cuyo veleidoso corazon es de cieno.

«Pero ya te he dicho el estado en que Juan estaba un año despues.

«Un dia estaba Bertha sentada junto à su tercer amante.

«De pronto llegó à sus oidos el fúnebre tañido de una campana que tocaba à muerto.

«Sobrecogida de espanto, preguntó.

«¿Por quién toca esa campana?

«No le contestó nadie.

«Pero aquella tarde salió à pasear con su tercera víctima; era una tarde muy triste.

«Los últimos rayos crepusculares pasando por entre nubes pardas y sanguinolentas bañaban con tintas cárdenas los horizontes

«El cielo aparecia á intervalos manchado de nubes de color de plomo.

«Las brisas tal vez dormían en el fondo de sus grutas, y ni la hoja murmuraba en el árbol ni el ave salía de su nido á encantar la naturaleza.

«En esta hora que siempre es triste, el corazón se sumerge en el encanto misterioso y suave que emana de la religión y el alma se evapora en llanto

«Pero Bertha no tenía ojos ni oídos más que para su amante.

«Ante una fúnebre comitiva que encontraron á su paso tuvieron que pararse.

«Era un entierro.

«Detrás del féretro iban los que elevan á Dios las preces de los difuntos, murmurando rezos muy tristes, las campanas tañían con mas tristeza aun.

«¿Quién és? preguntó Bertha con curiosidad.

«Una sombra cruzó entonces por delante de ella y deslizó en su oído esta palabra ¡¡Juan!!

«¡Qué necio! y sonriendo dulcemente, continuaron su paseo.

«Aquella tarde se divirtió mucho; y por la noche, bailó y cantó y rió como una loca.

«Todos consintieron en que tenía un bellissimo carácter.

«El tercer amante pronto cayó en desgracia para ser reemplazado por tí, y tú á tu vez.....

«¡Oh, no prosigas, dije, poniendo trémulo mi mano sobre sus labios para que no acabara.

Después añadió,

«Esa es la mujer á quien tú has amado.

Esta noche bebiendo rom has perdido la cabeza y has deseado hallar un medio de llegar hasta ella.

«Compadecido de tí he puesto ante tus ojos tres imágenes que son la representación de esa jóven á quien tal vez aun amas.

No dijo más; se levantó y antes que yo pudiera darme cuenta de nada, me hizo otra igual reverencia á la que me hiciera en el café, y desapareció en la ya casi estinguida llama de la chimenea.

Sumido en mil encontrados y diferentes pensamientos me fui á la cama: allí á solas con mis recuerdos regué con lágrimas amargas la tumba de mis ilusiones.

Luego dormí con un sueño tranquilo y calenturiento.

Amaneció Dios; Dios; un hermoso rayo de sol llegaba á besar los piés de mi lecho, luego avanzó y avanzó, hasta que fué á posarse sobre mi corazón, que quedó alegremente iluminado.

Desde entonces solo me acuerdo de Bertha para bendecir el benéfico influjo que en mí ejerciera el espíritu de mi hogar.

FELIPE PLÁ.

MI GRATITUD.

A DIOS.

¡Qué grande es tu poder, cómo se ostenta
A cada paso que en la tierra damos:
Como su inmensidad se experimenta
Cuando humildes y tiernos te llamamos,
Poder, que á nuestra vista se acrecienta
Si atrevidos sus límites buscamos:
Poder, que por el Orbe se difunde,
Que me admira, me pasma y me confunde!

Por más que finje la exaltada mente
Esa grandeza que los mundos crea,
Ni es fácil expresar lo que se siente,
Ni cabe formularse en una idea.
Yo humillado ante Tí doblo la frente,
Mi labio una plegaria balbucea,
Y á tus plantas mi espíritu se eleva
Dejando allí la gratitud que lleva.

¡Cuánto sufrí...! Dolor indescriptible
Que no alcanza á medir el pensamiento;
Del amor paternal martirio horrible,
Intenso, agudo, prolongado, lento,
Que de tanto sentir, deja insensible;
De tanto atormentar, no da tormento,
Y que al romperse tan sagrados lazos
Se rompe el corazón en mil pedazos.

Sueño parece de ilusión mentida,
Ofuscación febril, delirio vano,
Visiones de una pena desmedida,
Sombras, tal vez, de misterioso arcano.
Yo recuerdo tan solo que una vida
Con grito suplicante, sobrehumano,
En mi angustia mortal y loco anhelo
Humilde y triste reclamé del cielo,

— «¡Señor, Señor, por tu pasión divina,
 «Por tu tormento en el madero santo,
 «Por cada llaga de punzante espina.
 «Por cada gota del amargo llanto
 «Que tu Madre vertió, tu faz inclina
 «De este padre infeliz sobre el quebranto:
 «Señor, misericordia à mi delirio,
 «Compadece, benigno, mi martirio...!» —

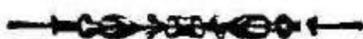
—
 Y el Señor me escuchó, y una mirada
 Dulce y piadosa sobre mi descende
 Que dejándome el alma sosegada
 Con fé divina mi esperanza enciende.
 La mente de pesar atribulada
 Beneficio tan alto no comprende:
 El labio calla, el pecho agradecido
 A Dios ofrece hasta el menor latido.

—
 Si antes por Tí mi corazón sentía
 Cariño inmenso, embriagador, profundo,
 Mi amor se convirtió en idolatría,
 Pues eres mi placer y eres mi mundo,
 Me volviste una hija que moría,
 Que siempre fuiste en tu piedad fecundo;
 Si ya te amaba, al enjugar mi llanto
 Locura es hoy mi amor ¡te adoro tanto...!

—
 Mi gratitud y fervorosas preces
 Te rinde el labio con acento pio
 Y ante Tí prosternado, una y mil veces
 Tus glorias canto, tu bondad, Dios mio.
 Que si la amarga copa hasta las heces
 No apuré de mi triste desvario
 ¿A quien lo debo? à Tí que me recreas:
 ¡Gracias, Eterno Dios, bendito seas!!

—
 JOSÉ MARIA PUCHE,

TEATRO.



En prensa ya nuestro periódico escribimos este artículo á vuela pluma porque no queremos dejar de ocuparnos, aun cuando sea brevemente, de la Compañía de Zarzuela que actua en el teatro de esta Ciudad, ni tampoco de consignar, ya que la ocasion se presenta, nuestro punto particular de vista respecto de esta clase de espectáculos. Tenemos, por lo mismo escaso tiempo de que disponer, así es que nos limitaremos por hoy á solo algunas indicaciones, prometiendo ocuparnos más detenidamente de este asunto en el próximo número, si entonces fuera todavia tiempo oportuno para éllo.

Nosotros creemos que la Zarzuela bufa es la última etapa, el término desdichado á donde va á parar con su invasora marcha la literatura realista de los presentes tiempos; y esta convicción adquiere en nosotros mayor fuerza cada dia, encontrando una prueba más para justificarla, en la comparacion de las dos Zarzuelas últimamente representadas: la Sensitiva y El Juramento. El Juramento pertenece á la buena época de la Zarzuela, época que llegó porque era indispensable que llegara. Estragado el gusto del público por la frecuencia de ver representar dramas y comedias en las que se copian con deplorable fidelidad las pasiones y las costumbres de una sociedad que se degrada; acostumbrado á la música voluptuosa y sensual de las óperas modernas que han alcanzado más éxito, y juzgando únicamente del mérito de las cosas por el placer que causan á los sentidos, recibió con aplauso á la Zarzuela, ese producto híbrido de música y literatura á gusto del consumidor moderno. No es por lo tanto la Zarzuela un paso dado, como pretenden algunos, en el camino de la ópera Española, es por el contrario un grado que se baja en la escala por donde desciende todo cuanto se relaciona con el arte. En esta clase de producciones no hay, ni puede haber unidad en la música, ésta se encuentra esparcida en piezas que tienen entre sí una relacion muy débil y cuyos trozos pueden calificarse, sin que en ello haya mucho atrevimiento de lo que los italianos llaman, música di Camera.

La alternativa que resulta entre el canto y el recitado es desagradable; la música interrumpe á veces escenas habladas que excitan el interés de los espectadores, y los versos de más mérito suelen oírse con frialdad despues de alguna pieza cantada que ha conovido al público y dejado en él una impresion agradable. Este doble caracter de la Zarzuela exige en los actores cualidades extraordinarias que son muy difíciles de reunir; y esta es á nuestro juicio una de las

causas para que las producciones de esta clase hayan tenido que descender hasta llegar al punto donde se encuentra la tan aplaudida Zarzuela bufa. La distancia recorrida por esta nueva evolucion del arte la encontramos nosotros encerrada entre El Juramento y Sensitiva. En la primera de estas obras, que como ya hemos dicho, pertenece á los buenos tiempos de la Zarzuela, se encuentran todavia á vueltas de una música vulgar casi siempre, trozos escogidos que oyen con gusto los aficionados á este bello arte; el libreto tiene algun interés y hay en él situaciones para inspirar una buena música. En cuanto á Sensitiva diremos muy pocas palabras; no tiene interés, ni música, ni literatura; decimos mal, si tiene música: el concertante de la Lucia.

Respecto de los actores hemos de decir que en esta clase de representaciones no la fuerza del destino, pero si la fuerza del género les obliga á una mímica tan gráfica que debe causar envidia á más de un gitano del barrio de Triana.

Si realmente la literatura y el arte modernos se han propuesto borrar del corazon y del espíritu toda aspiracion al más allá, su triunfo es completo en las obras de esta clase, porque más allá de la Zarzuela bufa solo se distinguen las escenas de entre bastidores. cuya poesia dejamos á los amantes de cierto género de bellezas.

Sentados ya estos antecedentes y teniendo en cuenta las condiciones de nuestro teatro, vamos á ocuparnos muy brevemente del personal de la Compañia.

La Señora Morera, actriz que ha venido á esta Ciudad precedida de cierta fama, tiene la maestría propia de quien ha estudiado bien el canto, pero su voz ya bastante gastada le impide vocalizar con la facilidad que otras veces lo habrá hecho.

La Señorita Leyda posee una voz en su conjunto muy agradable aun cuando de poco cuerpo; en las notas agudas la voz es pastosa y llena, no así en las notas medias, que nos parecen algo débiles; sin embargo, le reconocemos actitud para que con aplicacion y estudio pueda vencer este defecto. Como actriz la Señorita Leyda es bastante buena y su figura fina y simpática.

A la Señora Sarló solo hemos tenido el gusto de oirla en Sensitiva, y esto no es bastante para juzgarla; diremos sin embargo que canta bien, que su figura es muy agradable y que tiene gracia y buenas maneras.

El Señor Rodriguez como actor es inmejorable; quisiéramos, sin embargo que no tuviera tanta aficion á lo bufo, por lo mismo que posee dotes superiores que lo hacen apto para género más elevado. Lo bufo en ocasiones es indispensable, pero en otras como en la escena del Juramento en la que se pone *tan blando como un bizcocho* no nos parece muy conveniente. Para director de escena es el Sr. Rodriguez muy entendido y en tal concepto no deja nada que desear.

Respecto del Sr. Carbonell, del cual tenemos buenas noticias, nada podemos decir por no haber asistido á la representacion de Marina.

El Sr. Sala no tiene una voz de fuerza, pero sí muy igual, expresa bien y cuando canta unido á la Señorita Leyda resulta por cierta igualdad de timbre un conjunto muy agradable; el duo del último acto del Juramento cantado por estos dos actores fué muy aplaudido y en nuestro concepto hubo justicia en el aplauso.

El Sr. Rodrigo tiene una buena voz y canta bien; como actor nos parece bastante regular y le creemos con las necesarias dotes para adelantar en la profesion á que se dedica.

El Sr. Navarrete posée algunas buenas cualidades, y entendemos que si estudiara más que lo hace podría obtener un puesto superior al que hoy ocupa en esta Compañia.

Las demás partes son medianas.

Respecto de los coros no podemos decir nada bueno: son chillones, desafinan y no entran jamás á tiempo. En cuanto á la orquesta está muy bien dirigida; el Sr. Valls es de lo mejor que hemos tenido en este teatro, pero sus inteligentes esfuerzos no alcanzan á evitar que las trompas desentonen y que la cuerda se oiga poco.

La empresa hace esfuerzos laudables y pone de su parte cuanto es posible para complacer al público, pero este no corresponde con su asistencia al teatro y hace muy difícil que pueda abrirse un nuevo abonó

En resumen, la Compañia es buena, los coros malos, la orquesta mediana, los Directores excelentes y la empresa muy digna de mejor suerte. Y ya que tenemos la pluma en la mano y del teatro nos ocupamos, no la soltaremos sin lamentar el estado de abandono en que se encuentra un edificio que costó tantos afanes y en cuya decoracion no se omitió gasto alguno á fin de que fuera digna de un teatro de primer órden. Ahora todo está casi destruido, y si la Junta Directiva de la Sociedad Propietaria, no trata de poner pronto remedio y reparar, en cuanto sus fondos lo permitan, los deterioros más notables, al paso que va no tardará en destruirse todo lo que no es obra de mamposteria,

Es cuanto por hoy tenemos tiempo y humor de decir; en otro artículo nos extenderemos más sin que podamos adivinar, si lo dicho y lo que pensamos decir será ó no del agrado de nuestros lectores.

R. D.
